

usted no ha dejado nunca de ser virtuosa y santa para con Dios. ¡Oh! ¡pobre mujer!

Esto era más de lo que podía soportar la pobre Fantina. ¡Tener á su Coseta! salir de aquella vida infame! vivir libre, rica, dichosa, honrada, con Coseta! ¡ver desplegarse bruscamente en medio de su miseria todas estas realidades del paraíso! Miró como atontada á aquel hombre que la hablaba, y no pudo hacer otra cosa que dar dos ó tres sollozos: ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Sus piernas se doblaron, cayendo de rodillas ante el señor Magdalena, y ántes que él hubiera podido impedirlo, sintió que se tomaba la mano y que ponía en ella sus labios.

En seguida se desmayó.

LIBRO SEXTO

JAVERT

PRINCIPIO DEL REPOSO

El señor Magdalena hizo trasladar á Fantina á la enfermería que tenía él en su propia casa, y la confió á los cuidados de las hermanas de caridad, quienes la hicieron acostar en seguida. Habíala sobrevenido una fiebre ardiente. Una parte de la noche la pasó delirando y hablando en alta voz. Sin embargo acabó por conciliar el sueño.

Despertó al día siguiente, á eso de las doce, y oyó una respiración junto á su cama: apartó la cortina, y vió al señor Magdalena de pié, mirando algo que se hallaba en su cabecera. Aquella mirada estaba llena de piedad y

angustia, distinguiéndose en ella un ademán de súplica. Fantina siguió su dirección y vió que tenía por objeto un crucifijo que estaba colgado en la pared.

El señor Magdalena se hallaba ya transfigurado á los ojos de Fantina, á quien se le representaba como rodeado de una auréola de luz. Estaba él absorto en una especie de oración, y ella le consideró largo tiempo sin atreverse á interrumpirle. Al fin le dijo tímidamente :

— ¿Pero qué está usted haciendo ahí?

Una hora hacía ya que el señor Magdalena se hallaba en aquel sitio. Esperaba que Fantina despertara. Tomóla la mano, examinó el pulso, y preguntó él á su vez :

— ¿Cómo se siente usted?

— Bien, he dormido, dijo ella, creo que voy mejor. Esto no será nada.

Él continuó diciendo, en respuesta á la pregunta que desde el principio le había ella dirigido, como si acabara de oirla en aquel momento :

— Yo rogaba al mártir que está allá arriba.

Y añadió en su pensamiento : — Por la mártir que está aquí abajo.

El señor Magdalena había pasado la noche y la mañana en informarse. Ahora ya lo sabía todo. Conocía la historia de Fantina en todos sus punzantes y tristes detalles, y continuó :

— Usted ha sufrido mucho, pobre madre. ¡Oh! no se queje usted, pues ahora tiene la dote de los electos. De esta manera es como los hombres hacen ángeles. No es por culpa suya ; ellos no saben obrar de otro modo. Ya lo ve usted, ese infierno del cual acaba de salir es la primera forma del cielo. Era menester comenzar por ahí.

Y dió un profundo suspiro.

Ella entre tanto le sonría con una sonrisa sublime á la cual faltaban sin embargo dos dientes.

Aquella misma noche había escrito Javert una carta. El mismo depositó esta carta, á la mañana siguiente, en la administración de correos de M. Iba destinada á París, y e-
sobrescrito de ella decía así : *Á M. Chabouillet, secretario*
[*del señor prefecto de policía.* Como se había divulgado por el pueblo lo acaecido el día anterior en el cuerpo de guardia, la administradora de correos y algunas otras personas que vieron la carta ántes de expedirla y que conocieron la letra de Javert en el sobre, creyeron que enviaba su dimisión.

El señor Magdalena se apresuró á escribir á los Thénardier. Fantina les debía ciento veinte francos. Él les envió trescientos, diciéndoles que se cobraran sobre esta suma y que enviaran en seguida la niña á M., donde su madre, enferma, la reclamaba.

Esto deslumbró al Thénardier. — ¡Diablos! dijo á su mujer, no soltemos la chica. Hé aquí que esta alondra puede ser para nosotros una vaca de leche. Yo adivino lo que es. Algun bragaza se habrá encaprichado con la madre.

Contestó con una cuenta de quinientos y tantos francos, bastante bien confeccionada. En esta cuenta figuraban por más de trescientos francos dos notas incontestables, una de un médico, y la otra de un boticario, quienes habían asistido y medicinado á Eponina y á Azelma en dos largas enfermedades. Coseta, como hemos dicho ya, no había estado enferma. Fué asunto de una simple sustitución de nombres. Thénardier escribió por bajo de su nota : *recibido á cuenta, trescientos francos.*

El señor Magdalena envió inmediatamente otros trescientos francos y escribió diciendo : Despáchese usted á enviar á Coseta.

— ¡Caramba! dijo Thénardier, no soltemos la chiquita. Entre tanto Fantina no se restablecía, continuando en la enfermería siempre.

Al principio las hermanas no habían recibido y caído

« á aquella mozuela » sino con repugnancia. El que haya visto los bajos relieves de Reims se acuerda de la hinchazon del labio inferior de las vírgenes sábias mirando á las vírgenes locas. Este antiguo menosprecio de las vestales hacía las ambubayas es uno de los más profundos instintos de la dignidad femenina; y las hermanas le habian experimentado con el aumento que añade la religion. Pero, en pocos dias, Fantina las habia desarmado. Ella empleaba toda clase de palabras humildes y dulces, y como buena madre, enternecia. Un día la oyeron las hermanas decir en el desvario de la calentura: — Yo he sido una pecadora, pero cuando tenga conmigo á mi niña, eso querrá decir que Dios me ha perdonado. Mientras que viví en el mal, no habria querido tener á mi Coseta junto á mi; no habria yo podido soportar sus ojos asombrados y tristes. Por ella sin embargo es por quien yo obraba mal, y esto es lo que hace que Dios me perdone. Yo sentiré la bendicion del Dios de bondad cuando Coseta esté aquí. La miraré, y me hará mucho bien el ver aquella inocente criatura. Ella nada sabe. Ven ustedes, hermanas mías, es un ángel. Á su edad, todavía no han caído las alas.

El señor Magdalena iba á verla dos veces cada dia, y siempre le preguntaba ella:

— ¿ Veré pronto á mi Coseta ?

Él la respondia:

— Tal vez mañana por la mañana. De un momento á otro llegará: la estoy esperando.

Y el pálido rostro de la madre radiaba de gozo.

— ¡ Oh ! decia, ¡ qué dichosa voy á ser !

Acabamos de decir que no se restablecia. Al contrario, su situacion parecia agravarse más cada semana. Aquel puñado de nieve aplicado sobre la piel desnuda entre los dos omoplatos habia determinado una supresion repentina de la transpiracion, de cuyas resultas la enfermedad

que en ella se desarrollaba hacia algunos años, acabó por declarar e de un modo violento. Principiábase entonces á seguir para el estudio y el tratamiento de las enfermedades del pecho las bellas indicaciones de Laënnec. El médico auscultó á Fantina, y meneó la cabeza.

El señor Magdalena, dijo al médico:

— ¿ Ea bien ?

— ¿ No tiene una niña á quien desea ver ? preguntó el médico.

— Sí.

— Pues bien, dése usted prisa á hacerla venir.

El señor Magdalena tuvo un estremecimiento.

Fantina le preguntó:

— ¿ Qué ha dicho el médico ?

El señor Magdalena hizo un esfuerzo para sonreír.

— Ha dicho que hagamos venir pronto á su niña de usted, que eso la devolverá á usted la salud.

— ¡ Oh ! repuso ella, y tiene razon ! ¿ pero qué hacen esos Thénardier que así me retienen á mi Coseta ? ¡ Oh ! va á venir. ¡ Por fin veo ya la dicha muy cerca de mí !

Entre tanto el Thénardier no « soltaba » la niña, dando siempre cien malas razones. Coseta se hallaba algo delicada para ponerla en camino en invierno. Y ademas, quedaba aún pendiente un resto de deudillas de tienda, de zapatero, etc., en el pueblo, cuyas notas iba él recogiendo.

— ¡ Enviaré alguna persona en busca de Coseta ! dijo el tío Magdalena; y si es necesario, yo mismo iré á recogerla.

Entónces escribió, bajo el dictado de Fantina, esta carta que le hizo firmar:

« Señor Thénardier,

» Entregaré usted mi Coseta á la persona que le dará
» esta carta.

- » Todas esas frioleras le serán á usted pagadas.
- » Tengo el honor de saludar á usted.

» FANTINA. »

Á este tiempo, avino un incidente grave. Por más que nos empeñemos en tallar lo mejor posible el misterioso mármol que compone nuestra existencia, siempre reaparece en él la vena negra del destino.

II

COMO JUAN PUEDE CONVERTIRSE EN CHAMP

Cierta mañana se hallaba el señor Magdalena en su gabinete, ocupado en arreglar con anticipacion algunos asuntos urgentes de la alcaldía, para el caso en que él se decidiera por fin á hacer ese viaje á Montfermeil, cuando vinieron á decirle que el inspector de policía Javert solicitaba hablarle. Al oír pronunciar aquel nombre, el señor Magdalena no pudo ménos de experimentar una sensacion desagradable. Desde la aventura de la oficina de policía, Javert habia tratado de evitarle más que nunca, y el señor Magdalena no le habia vuelto á ver.

— Háganle ustedes entrar, dijo.

Javert entró.

El señor Magdalena habia permanecido sentado junto á la chimenea, con la pluma en la mano, y la vista fija sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, el cual contenía

varios procesos—ve. bales de contravenciones á la policia urbana. No se movió para Javert. No podía menos de pensar en la pobre Fantina, y le convenia mostrarse glacial con él.

Javert saludó respetuosamente al señor alcalde, quien le volvia la espalda. El señor alcalde no le miró, y continuó anotando su legajo.

Javert dió dos ó tres pasos en el gabinete, y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisonomista á quien hubiera sido familiar la naturaleza de Javert, que hubiera estudiado durante mucho tiempo á aquel salvaje puesto al servicio de la civilizacion, aquel extraño compuesto de romano, de espartano, del fraile y del cabo de escuadra, aquel espion incapaz de una mentira, aquel polizonte vírgen; un fisonomista, decimos, que hubiera sabido su secreta y antigua aversion al señor Magdalena, su conflicto con el alcalde á propósito de Fantina, y que hubiera considerado á Javert en este momento, habria dicho para sí: ¿Qué ha pasado? Era evidente, para todo el que hubiese conocido aquella conciencia recta, clara, sincera, honrada, austera y feroz, que Javert salia de algún grande acontecimiento interior. Nada tenia Javert en su alma sin que lo tuviese tambien en el semblante. Como todas las personas violentas, estaba sujeto á bruscos retrocesos. Nunca se habia mostrado su fisonomía más extraña ni inesperada. Al entrar, habíase inclinado ante el señor Magdalena con una mirada en la cual no habia reacor, ni ira, ni desconfianza; habíase detenido algunos pasos detras del sillón del alcalde; y ahora, permanecia allí, de pié, en una actitud casi disciplinaria, con la fria y cándida rudeza de un hombre que no ha sido afable jamas y que siempre ha sido paciente; sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, esperaba él con una verdadera humildad y con tranquila resignacion, que el señor alcalde se dignara volverse, serio, impassible, con el sombrero en la mano, la

vista baja, y una expresion que tenia el medio entre el soldado en presencia de su oficial y el culpable en presencia de su juez. Todos los sentimientos como todos los recuerdos que se le hubieran podido suponer habian desaparecido. Ya no habia nada en aquel rostro impenetrable y sencillo como el granito sino una tristeza sombría. Toda su persona respiraba el abatimiento y la firmeza, y no sé qué especie de valerosa humillacion.

Por fin el señor alcalde depuso la pluma y se medio-volvió:

— ¡Ea bien! ¿qué es eso? ¿qué hay, Javert?

Javert permaneció un instante silencioso como en cierto recogimiento, y en seguida levantó la voz con una especie de solemnidad triste que sin embargo no excluia la sencillez.

— Hay, señor alcalde, que se ha cometido un acto culpable.

— ¿Qué acto?

— Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto á un magistrado del modo más grave. Vengo, como es de mi deber, á poner en conocimiento de usted el hecho.

— ¿Quién es ese agente? preguntó el señor Magdalena.

— Yo, dijo Javert.

— ¿Usted?

— Yo.

— ¿Y quién es el magistrado que tiene que quejarse del agente?

— Usted, señor alcalde.

El Señor Magdalena se enderezó sobre su sillón. Javert prosiguió, con ademan severo, pero siempre con la vista baja.

— Señor alcalde, vengo á rogar á usted que se sirva provocar mi destitucion cerca de la autoridad superior:

El señor Magdalena estupefacto abrió la boca. Javert le interrumpió :

— Usted dirá, que yo habria podido dar mi dimision, pero esto no basta. Dar uno su dimision es una cosa que le honra. Yo he faltado, se me debe castigar. Es preciso que yo sea destituido.

Y despues de una breve pausa añadió :

— Señor alcalde, usted fué severo conmigo el otro día injustamente. Séalo usted hoy justamente.

¡Ah! ¿pero por qué? exclamó el señor Magdalena, ¿qué quiere decir todo eso? ¿qué viene á ser ese galimatías? ¿dónde está ese acto culpable cometido contra mi por usted? ¿qué es lo que usted ha hecho? ¿qué agravios me ha inferido? usted se acusa, usted quiere ser reemplazado...

— Despedido, dijo Javert.

— Despedido, sea. Está muy bien. Yo nada de eso comprendo.

— Va usted á comprenderlo, señor alcalde.

Javert arrancó un suspiro del fondo de su pecho y prosiguió, hablando siempre con la mayor frialdad y tristeza :

— Señor alcalde, hace seis semanas, de resultas de aquella escena á propósito de la muchacha, me puse furioso, y le delaté á usted.

— ¡Delatarme!

— Á la prefectura de policia de París.

El señor Magdalena que no solia reir mucho más á menudo que Javert, se rió :

— ¿Como alcalde que habia usurpado las atribuciones de la policia?

— Como antiguo galeote.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no habia levantado los ojos, continuó :

— Yo lo creia así. Hacía mucho tiempo ya que tenia ideas sobre eso. Cierito parecido, los datos que usted ha

hecho tomar en Faverolles, su extraordinaria fuerza de riñones, la aventura del viejo Fauchelevant, la admirable destreza que usted tiene en el tiro, su pierna que arrastra un poco, ¿qué sé yo cuántas cosas más? ¡tonterías! pero, en fin, yo le tenía á usted por un llamado Juan Valjean

— ¿Un llamado?... ¿Cómo dice usted ese nombre?

— Juan Valjean. Es un presidiario á quien yo conocí hace veinte años, cuando fui ayudante-guarda-chusma en Tolon. Al salir del presidio, parece que este Juan Valjean robó en casa de un obispo, y despues tambien cometió otro robo á mano armada en un camino público, en perjuicio de un saboyanito. Hace ocho años se habia ocultado, no se sabe cómo, y le buscaban. Yo me habia figurado... — ¡En fin, hice lo que he dicho á usted! La ira me decidió, y le delaté á usted á la prefectura.

El señor Magdalena, que habia vuelto á tomar el legajo hacia algunos instantes, le dijo con un acento de completa indiferencia :

— ¿Y qué le han respondido á usted?

— Que si estoy loco.

— ¿Ea bien?

— Ea bien, tenían razon.

— ¡Afortunadamente lo reconoció usted al fin!

— No pude ménos de reconocerlo, puesto que el verdadero Juan Valjean ha parecido.

El papel que tenía en la mano el señor Magdalena se le cayó, levantó la cabeza, miró fijamente á Javert y dijo con un acento difícil de expresar :

— ¡Ah!

— Javert prosiguió :

— Hé aquí lo que ha habido, señor alcalde. Parece ser que habia en el país, hácia la parte de Ailly-le-Haut-Clocher, una especie de buen hombre á quien llamaban el tío Champmathieu. Era muy miserable, y nadie fijaba en él la aten-

cion. No se sabe nunca de qué viven esas gentes. Por fin, este otoño, ha sido preso el tío Champmathieu, por un robo de manzanas de sidra, cometido en casa de... En fin, no importa! Ha habido robo, paredes escaladas y ramas de árbol arrancadas. Cogieron á mi Champmathieu, cuando todavía llevaba en la mano la rama con manzanas. Enjaularon al perillan. Hasta aquí, esto no ofrece mucho más que un negocio de policía correccional. Pero lo que viene despues es cosa de la Providencia. Hallándose la cárcel en mal estado, el señor juez de instruccion creyó conveniente trasladar á Champmathieu á Arras, donde está la prision departamental. En esta cárcel de Arras se encuentra un antiguo presidiario llamado Brevet que ha sido allí preso no sé por qué, y á quien han hecho portero de golpe porque se conduce bien. Señor alcalde, apenas habia entrado Champmathieu, cuando hé aquí que exclama Brevet: ¡ Ah! pero si yo conozco á este hombre! ¡ Es un *fagot*¹. Míreme usted de frente, ¡ buena alhaja! ¡ Usted es Juan Valjean! — ¡ Juan Valjean! ¿ quié n es Juan Valjean? El Champmathieu quiso hacerse el asombrado. — No te hagas el tonto, le dijo Brevet. ¡ Tú eres Juan Valjean! Tú has estado en el presidio de Tolon, veinte años há. Hemos vivido allí juntos. — El Champmathieu empeñado en negar siempre. ¡ Pardiez! Usted comprende. Pero se profundizó el misterio: excavaron bien aquella aventura, y hé aquí lo que se ha sacado á luz: el tal Champmathieu, hará como unos treinta años, era jornalero podador de árboles en varios países, y principalmente en Faverolles. Allí ya se pierde el rastro de él. Mucho tiempo despues, volviósele á ver en la Auvernia, y más adelante en París, donde dice que fué carretero y que tuvo una hija lavandera; pero esto no está probado; por último, vino á este país. Ahora bien, ántes de ir á presidio, por

¹ *Fagot*, antiguo galeote.

robo calificado, ¿ quées lo que era Juan Valjean? podador. ¿ Dónde? en Faverolles. Otro hecho aún. Este Juan Valjean se llamaba, por su nombre de bautismo, Juan, y su madre se apellidaba, por nombre de familia, Mathieu. ¿ Qué cosa más natural que el pensarque, al salir del presidio, habrá tomado el nombre de su madre, para disfrazarse con él, haciéndose llamar Juan Mathieu? Pasó á la Auvernia. De Juan (*Jean*), la pronunciacion del país hace *chan* (ó *champ*, campo); llámanle allí Chan Mathieu. Nuestro hombre deja marchar la corriente, y vedle ahí transformado en Champmathieu. Usted sigue bien el hilo de mi historia, ¿ no es verdad? Se piden informes á Faverolles. La familia de Juan Valjean ya no existe. Se ignora qué ha venido á ser de ella. Usted sabe que en esas clases, hay á menudo estas desapariciones de una familia. Se busca, se indaga, y ya nada se encuentra. Esas gentes, cuando no son lodo, son polvo. Y además, como el principio de estas historias data nada ménos que de treinta años, no hay ya nadie en Faverolles que haya conocido á Juan Valjean. Se piden informes á Tolon. Fuera de Brevet, no hay ya sino otros dos galeotes que hayan visto en el presidio á Juan Valjean: tales son los dos condenados á vida Cochepaille y Chenildieu. Los sacan del presidio, y los hacen venir. Se los confronta con el supuesto Champmathieu, y no vacilan un instante. Para ellos, como para Brevet, es Juan Valjean. Su misma edad, tiene cincuenta y cuatro años; su misma estatura, sus mismas trazas, finalmente el mismo hombre; no cabe duda alguna, es él. Y precisamente en este mismo momento era cuando yo enviaba mi delacion á la prefectura de París. Me contestan que yo he perdido el seso, y que Juan Valjean está en Arras, en poder de la justicia. Usted comprenderá si todo esto me dejará asombrado, á mí que creía tener aquí á ese mismo Juan Valjean! Escribí al señor juez de instruccion, quien hizo que me presentara; me trajeron el Champmathieu...

— ¿ Y bien ? interrumpió el señor Magdatena.

Javert respondió con su semblante incorruptible y triste:

— Señor alcalde, la verdad es la verdad. Yo lo siento, pero aquel hombre es el verdadero Juan Valjean. Tambien yo le he reconocido.

El señor Magdalena repuso, con una voz muy baja :

— ¿ Está usted seguro ?

Javert se echó á reír, con esa risa dolorosa que se escapa á una convicción profunda :

— ¡ Oh ! muy seguro.

Permaneció un momento pensativo, tomando maquinalmente entre sus dedos pulgaradas de la salvadera que se hallaba junto á él sobre la mesa, y añadió :

— Y aún, ahora que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he podido yo creer otra cosa. Le pido á usted perdon, señor alcalde.

Al dirigir esta palabra suplicante y grave á aquel que, seis semanas ántes, le habia humillado en el mismo cuerpo de guardia y le habia dicho : Salga usted de aquí ! Javert, aquel hombre altivo, se mostraba, sin él saberlo, lleno de sencillez y de dignidad. Et señor Magdalena no respondió á su súplica sino con esta pregunta brusca :

— ¿ Y qué dice ese hombre ?

— Ah, ¡ diantre ! señor alcalde, el negocio es malo. Si es Juan Valjean, hay reincidencia. Escalar una pared, romper una rama, birlar unas manzanas, para un muchacho es una tunantada ; para un hombre es un delito ; para un galeote es un crimen. Escalada y robo, de todo ha habido. Ya no es cosa de policia correccional, sino del tribunal de audiencia. No se trata de algunos días de cárcel, sino de galeras por toda su vida. Y ademas, hay el asunto del saboyanito, que espero vendrá á agregarse tambien. ¡ Diablos ! ya hay materia con qué entretenerse, ¿ no es verdad ? Si, para otro que no fuera Juan Valjean. Pero el tal Juan Valjean es un

solapado. Tambien por esto le he reconocido. Otro que él sentiria que eso abrasa; se agitaria, gritaria, la olla chilla en presencia del fuego, no querria él ser Juan Valjean, etc. Pero él, ni siquiera tiene trazas de querer comprender su situacion, limitándose á decir : Yo soy Champmathieu, y no salgo de aquí ! Está como pasmado, y se hace el bobo, esto es mucho mejor. ¡ Oh ! el perillan es hábil ! pero de todos modos, las pruebas están ahí. Hasido reconocido por cuatro personas ; el pícaro viejo será condenado. Van á llevarle ante la audiencia de Arras. Yo iré allá para declarar. Ya estoy citado.

El señor Magdalena, que se habia reinstalado en su despacho, y habia vuelto á tomar su legajo, poniéndose á hojearle tranquilamente, leyendo y escribiendo á la vez como un hombre atareado, volvióse hácia Javert y le dijo :

— Basta ya, Javert, basta. El hecho es que á mi todos esos detalles me interesan muy poco. Estamos perdiendo el tiempo, y tenemos negocios urgentes. Javert, va usted á ir inmediatamente á casa de la buena mujer Buseaupied, que vende yerbas allá en la esquina de la calle San Saulve, y la dirá que formule su querrela contra el carretero Pedro Chesnelong. Muy poco faltó para que este hombre brutal aplastara á la pobre mujer y á su niño. Es necesario castigarle. En seguida irá usted á casa del señor Charcellay, calle de Montre-de-Champigny, quien se queja de que una gotera de la casa inmediata arroja en la suya el agua de las lluvias, y que destruye los cimientos de su casa. Despues, tomará usted nota de las contravenciones de policia que se me han indicado en la calle de Guibourg en casa de la viuda Doris, y en la calle de Garraud-Blanc en casa de la señora Renée le Bossé, y formará usted proceso verbal. Pero le doy á usted ahí mucha tarea. ¿ Es que no tiene usted que ausentarse ? ¿ No ha dicho usted que ha de ir á Arras para ese asunto dentro de ocho ó diez días ?

— Más pronto aún, señor alcalde.

— ¿ Pues qué día ?

— Me parece haber dicho al señor alcalde que eso se juzgaba mañana y que yo marcharé en la diligencia esta noche.

El señor Magdalena hizo un movimiento imperceptible.

— ¿ Y cuánto tiempo durará el proceso ?

— Un día, á lo más. El fallo se pronunciará, á más tardar, mañana á la noche. Pero yo no esperaré el fallo, que no puede faltar ; tan pronto como haga mi declaración, me volveré aquí.

— Está bien, dijo el señor Magdalena.

Y despidió á Javert con un signo de la mano.

Javert no se fué.

— Perdona usted, señor alcalde.... dijo.

— ¿ Qué hay todavía ? preguntó el señor Magdalena.

— Señor alcalde, me queda aún una cosa de que volver á hablar á usted.

— ¿Cuál?

— Es que yo debo ser destituido.

El señor Magdalena se levantó.

— Javert, usted es un hombre de honor, y yo le estimo. Usted se exagera su falta. Por otra parte, también esa es una ofensa que me concierne. Javert, usted es digno de ascender, y no de descender. Yo pienso que conserve usted su puesto.

Javert miró al señor Magdalena con su cándida pupila cuyo fondo parecía verse aquella conciencia poco ilustrada pero rígida y casta, y dijo con voz tranquila :

— Señor alcalde, yo no puedo concederle á usted eso.

— Repito á usted, replicó el señor Magdalena, que es cosa que á mí solo me concierne.

Pero Javert, atento únicamente á su idea, continuó :

— En cuanto á exagerar, nada exagero. Hé aquí cómo yo discuro. Hesospechado de usted injustamente. Esto toda-

vía no es nada. Es un derecho que nosotros tenemos, de sospechar, aunque hay sin embargo abuso en sospechar más allá de la ley. Pero, sin pruebas, en un acceso de ira, con el objeto de vengarme, le he delatado á usted como galeo, á usted, que es una persona respetable, un corregidor, un magistrado! esto es grave, muy grave. He ofendido á la autoridad en la persona de usted, yo, agente de la autoridad ! Si uno de mis subordinados hubiera hecho lo que he hecho yo, le habria declarado indigno del servicio, y le habria expulsado. — ¡ Pues bien ! — Oiga usted, señor alcalde, una palabra más. Yo hesido severo muchas veces en mi vida para con los otros. Esto era justo : yo hacia bien. Si ahora no fuera severo conmigo mismo, todo lo justo que yo he hecho seria ya injusto. Por ventura, ¿ deberé de tener yo más consideraciones conmigo que con los demas ? No. ¡ Cómo ! yo no habria sido bueno sino para castigar á los otros, y no para castigarme á mí ! pero entónces seria yo un miserable! y los que dicen : ese bribon de Javert ! tendrían razon ! Señor alcalde, yo no deseo que usted me trate con bondad ; su bondad de usted me hizo ya hacer bastante mala sangre cuando era en beneficio de otros, no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar razon á la mujer pública contra el caballero, al agente de policia contra el alcalde, al que está abajo contra el que está arriba, es lo que yo llamo una bondad mala. Con esa especie de bondad es con lo que la sociedad se desorganiza. ¡ Ah ! es cosa muy fácil el ser bueno, lo difícil es ser justo. Ande usted ! si usted hubiera sido lo que yo creia, no habria sido yo bueno para usted, ¡ no hay peligro ! ya habria usted visto ! Señor alcalde, yo debo tratarme como trataria á otro cualquiera. Cuando reprimia malhechores, cuando perseguia y castigaba á los malvados, me decia á mí mismo con frecuencia : Si tú tropiezas, si alguna vez te cojo en falta, ya verás ! — He tropezado, me he cogido en falta,

tanto peor! Vamos, despedido, destituido, expulsado! está bien. Tengo brazos, trabajaré en la tierra, me es igual. Señor alcalde, el bien del servicio exige un ejemplo. Yo pido sencillamente la destitucion del inspector Javert.

Todo esto lo pronunciaba él con un acento humilde, desdenoso, desesperado y convicto, que daba cierto carácter de rara y extraña grande a á aquel singular hombre de bien.

— Ya veremos eso, dijo el señor Magdalena.

Y le alargó la mano.

Javert dió un paso atras, y dijo con un tono huraño:

— Perdone usted, señor alcalde, eso no debe ser. Un corregidor no da nunca la mano á un espion.

Y añadió entre dientes:

— Espion, sí: desde el momento en que he abusado de la policia, ya no soy sino un espion.

En seguida saludó profundamente, y se dirigió hácia la puerta.

Llegado allí, volvió la cara, y con la vista siempre baja:

— Señor alcalde, dijo, continuaré haciendo el servicio hasta que sea reemplazado.

Y se marchó. El señor Magdalena quedó caviloso y escuchando aquel paso firme y seguro que se alejaba por las baldosas del corredor.

LIBRO SÉPTIMO

EL PROCESO CHAMPMATHIEU

SOR SIMPLICIA

Los incidentes que van á leerse no han sido todos conocidos en M.; pero lo poco que de ellos ha transpirado ha dejado en aquella villa tales recuerdos, que quedaria un vacío en este libro si no los refiriésemos en sus menores detalles.

En estos detalles hallará el lector dos ó tres circunstancias inverosimiles que conservamos sin embargo por respeto á la verdad.

Á eso de las doce del dia siguiente al de la visita de Javert, fué el señor Magdalena á ver á Fantina como de costumbre.